

MUNDO ES

(2007)

«Mundo es, pase, ande su rueda, rodee sus alcaduces,
unos llenos, otros vacíos...».

Francisco de Rojas, *La Celestina*, acto VII

«Si yo intentaba entender lo que en efecto ocurre cuando una cosa nos impresiona de alguna manera (...), me daba cuenta de que ese libro esencial, el único libro verdadero, un gran escritor no tiene, en el sentido estricto, que inventarlo, pues existe ya en cada uno de nosotros, no tiene más que traducirlo. El deber y la tarea de un escritor son los de un traductor.»

Marcel Proust, *Le temps retrouvé*

A LAS doce de la noche salimos a la terraza. Hacía un blindadísimo frío. Las estrellas, pocas, como diamantes que no han pasado aún por Spinoza, en bruto. Daba miedo tocarlas, por si cortaban. Acabábamos de hablar por teléfono con R. y G. Habríamos querido estar con ellos, donde quiera estuviesen, quedarnos en un rincón de su dicha, sin estorbarla, sentados en el sueño, como esos inditos andinos que se pasaban la vida también como las estrellas, pero de barro, tristeando. Quise decir «sentados en el suelo», y sin querer he escrito «sentados en el sueño». Son los destellos que a veces sueltan las palabras, inesperados, como los astros. Nos dijo R., primero: «Feliz Año, padres», y buscamos luego a G.: «Feliz Año. Me acuerdo de Las Viñas, de vosotros». Y a continuación salimos a la terraza. Había luna llena, en realidad le faltaba sólo el borde nítido para pasar por llena. Levantamos nuestras copas para brindar con ella, testigo de aquel momento. Al rato M., en el cuarto, a solas, me dijo: «Quizá sea este el último año; no podemos obligar a nuestros amigos a que crucen media España para pasar dos días juntos». Eso también lo deben de pensar ellos, porque la cena se tiñó de esa melancolía: acaso no habrá más cenas como esta. Los P., sin saber que el carpintero nos había hecho una mesa nueva, se presentaron con un regalo providencial, un mantel precioso que cayó sobre ella como la nieve sobre los campos. Es un mantel secesionista, muy vienés, y recuerda un poco a aquellos que hacía nuestro amigo RG., medio cubistas, *patchwork* murciano pasado por Kioto. Y si al principio había algo de tristeza, todo se bienhumoró enseguida, por olvidarla, y habríamos querido echar mano al instante y decirle: no te vayas. Pero las burbujas de la conversación y del champán se apagaron cuando salimos a la terraza. Guardamos silencio

todos al mismo tiempo, cada uno con su alma insondable, esa que no podemos compartir, unos por superstición, otros por tímidos, todos por discretos. Se veían estos olivares a la luz de la luna sumidos en un resplandor fúnebre, pero en cambio la calleja parecía dibujada como una ese de plata. En cuanto al frío, era tan intenso que ni los perros ladraban, y eso contribuía a hacernos creer que teníamos mucho más cerca los confines, amenazantes. Oímos que un pájaro, al que sin duda despertó nuestra presencia, rebulló en su nido, oculto en la enramada de un laurel, y oímos que decía, sin despegar el pico, que no molestáramos demasiado, porque ya era tarde.

Apenas amaneció y desayunamos, los *pretextos* se han ido a Valencia. Nos hemos quedado con los P., y esperamos por la tarde a G., que llegará en autobús. Tiene que ser bastante triste un viaje en autobús el día de Año Nuevo.

Por hacernos la ilusión de que seguíamos en ayer, volvió el tocadiscos a hacer sonar las canciones de Beethoven, entre las que nos sorprendió una, *The Soldier*. Es la que canta Sean Connery en *El hombre que pudo reinar*, cuando, muy consciente de ello, ha de cruzar el puente colgante que le llevará a la muerte. Es un final tan negro como temido de una película maravillosa; se nos está diciendo en ella que los males siempre nos llegan por los puentes, y que a menudo más vale rodearse de abismos y vivir aislados. Es una canción que enardece a cualquiera, aunque también es de las que no se sabe si le anima a uno a la victoria o le prepara para la derrota. En las cosas que importan van las dos cosas juntas. La de «muerte, ¿dónde está tu victoria?» es una pregunta tonta. ¿Dónde va a estar?; pues ahí. Luego, si hubiere vida eterna, ya se verá si aquello era sólo una batalla o el final de la guerra. ¿Qué combates nos esperan para el año que viene? Lo que sacamos en claro oyendo esa canción popular del siglo XVIII que musicó Beethoven, es que lo importante es el combate. ¿Habrá alguien en alguna parte que nos eche de menos?

Sigue sonando el disco. Son las mismas canciones que oíamos ayer, pero hoy las oímos de otra manera. Da uno en pensar que podría estar oyéndoselas en una posada alpina a unos desconocidos que van camino de Italia y que esperan que mejore el tiempo y se abran los puertos. Ahora escuchamos, se dirían el paño que arropa el pan antes del horno. El día, que amaneció azul y despejado, se ha llenado de niebla, una niebla que no deja ver nada, y que hace el dúo perfecto a las canciones.

No obstante, es peligroso jugar con la niebla, porque se empieza diciendo que es bonita, y acaba uno envolviéndose en ella como en una mortaja, y diciendo: hala, enterradme.

Nuestros amigos trajeron el recuerdo de algunos de los momentos bonitos de ayer. M. dijo, qué vergüenza, no tendría que haber cantado. Es sólo una coquetería suya. Ella sabe bien cómo canta. Porque lo hizo cuando la tristeza amenazaba con lanzarse sobre la cena, como hace el lobo con el mastín. Se arrancó M. a cantar: la bonita carlanca. Lo hace ya en contadas ocasiones, no porque tenga menos motivos para hacerlo, sino porque dice, «ya no me acompaña la voz», de modo que hay que suplicárselo. Yo creo que también es por la filosofía. Aunque la copla española, su especialidad, recoge muchas proposiciones e inquietudes que dejan en pañales las de cualquier filósofo, no parece apropiado poner a Aristóteles a bailar sevillanas. A Ortega ¡y a Unamuno! les gustaban las gitanas. Ortega, según decía nuestra amiga IB., tenía un cuarterón de gitano. Se lo dijo cuando fueron a los carnavales de Múnich en el coche de Sebastián Miranda. Y Ortega se reía. A M. le gustó recordar una copla que aprendió en los tiempos en que cantaba ella en un conjunto de canción protesta. Algunos de los componentes del grupo no habían salido aún del armario, y para animarse iban a un espectáculo de Ángel de Goya y Tomás de Antequera, que ya no tenían ese problema. Y llevaban a las chicas del grupo para disimular. Tomás de Antequera salía al escenario con trajes que se cosía él mismo, chaquetas de

lentejuelas y pantalones con las perneras galoneadas, tocando los crótalos y cantando *Doce cascabeles*, mientras él mismo caracoleaba con los brazos arriba y abajo, trinando con los dedos. En otro número, el preferido de M., salía Ángel de Goya vestido de vikingo, con un casco en el que uno de los cuernos miraba hacia abajo y el otro hacia arriba, y dos trenzas de estopa pegadas al casco. Cantaba la copla con muchos melismas; y aunque se afeitaba con esmero, era de esos a los que la barba se le cierra espesa y negra en diez minutos. Esa fue la que cantó M. Y al recordarlo no hacía más que decir: qué vergüenza. «Soy Atila, / soy lo mismo que un león / de fiero y bravo, / soy Atila, / soy lo mismo que un león, / pero sin rabo. (bis) // Las romanas por mi culpa / han dejado a sus romanos, / y me miran con mucho placer, / porque dicen que mi menda es, / huy, jamón serrano».

¿Cómo se acordaría M. de esa copla? Nos asombra a todos. De pronto, un día cualquiera, en el coche, en casa, empieza a cantar algo que oyó de niña en la radio de la cocina de su casa, con las muchachas, melodías que no había vuelto a oír desde entonces. Yo le digo, siempre podremos ganarnos la vida así, como los cínaros, tú cantando y yo trinando los crótalos, o de palmero.

Le agradezco ahora que se acordara de esa copla, y que se animara a cantarla, porque fue a su modo la levadura que hizo de una noche que iba para ser negra, un pan muy blanco. Sólo siento que no estuvieran aquí R. y G. para partirlo con ellos.

DE *cama a lecho* sólo hay un paso. Y decimos «lecho de muerte» por lo mismo que, hablando de alguien querido, pensamos que fallecer es menos definitivo que morir. Quiero decir que las posibilidades de resucitar habiendo fallecido, seguramente son mayores que si sólo te has muerto.

«NO hay existencia que no tenga mucho de lo que hemos convenido en llamar *novela* (no sé por qué), ni libro de este género,

por insustancial que sea, que no ofrezca en sus páginas algún acento de la vida real y palpitante», se lee en una de las últimas páginas de *La corte de Carlos IV*. ¿Y qué le llevaría a uno hace un rato a abrir este libro, sin el propósito de releerlo, y posar los ojos en esa frase? La esperanza secreta de encontrarla. ¿No fue San Gregorio quien escribió que el texto sagrado revela un misterio cada vez que relata un hecho?

CADA época tiene confusiones, errores, afectaciones y cursilerías sólo visibles en la época siguiente. Los románticos detestaban a Churriguera, y demolieron casi todas sus obras. Las que quedan han sido declaradas monumentos nacionales. Los nietos del romanticismo empezamos a encontrarlas, por comparación a lo que se hace hoy, casi bonitas. En realidad lo que seguramente admiramos más es que hayan sobrevivido a tanta hostilidad.

«PUEDE uno llegar a tener cien mil lectores, pero lo importante es no perder los cien primeros». Arthur Koestler dijo que cambiaría cien lectores de hoy por diez de dentro de diez años, y estos por uno de dentro de cien años. Es más o menos lo mismo, dicho de manera diferente. Por lo demás, detesta uno a los escritores que tratan de caer simpáticos a sus lectores, tal y como hacen esas enfermeras que hablan de tú a sus pacientes. Y más aún los que quieren caerles antipáticos, sadomasos. Contaba PSánchez a propósito de la gran exposición de Velázquez, que él comisariaba siendo director del Prado, que aquella iba ya por medio millón de visitantes, y su amigo RGaya, a quien se lo decía, se alegró con él, claro, pero le hizo esta pequeña advertencia: «Nunca presumas de eso». Presumir de ser un escritor minoritario es todavía más tonto que presumir de tener muchos lectores, como presumir de vicios es aún más ingenuo que presumir de virtudes.

«APRIESA cantan los gallos e quieren quebrar albores»... «Por amor desta dueña fiz trobas e cantares: / senbré avena loca ribera de Henares; / verdat es lo que dizen los antiguos retráheres, / quien en el arenal sienbra non trilla pegujares». Lo mejor de un libro es indestructible. Parece que se hubiera escrito de repente, en un brusco pliegue de la lengua, como una cordillera llamada a perdurar millones de años.

Y COMO aquí da tiempo a todo sin salir de una mañana, me puse a quemar el ramón de los olivos antes de comer, por ver el fuego, que no cansa nunca. Y cuando andaba en ello, apareció B., el albañil, que venía a cobrar la puerta nueva. ¿Vienes de trabajar en Año Nuevo? No, respondió, de cazar. Traía dos becadass y dos perdices. Incluso muertas son pájaros bonitos. Este año no hemos oído tampoco a los cazadores, pero es el primero que vemos la caza. Vamos avanzando. Se fue él y siguió uno de nigromante.

Mientras se hacía el arroz que iba a ser para los cuatro, JL., P. y nosotros dos, yo me envolvía en el manto del fuego virgen, hecho de humo, y cuando estuve ya con bastante tufo a nómada, oí que me llamaban. Comimos junto al fuego sumiso de la chimenea, en la cocina. Y el calor y el vinillo propiciaron las historias. Sin historias, ¿qué es la vida?

Cuando hace unos meses me apareció en el Rastro ese cuadro, estaba uno muy lejos de sospechar que su autor fuera el tíoabuelo de nuestra amiga. Sólo una casualidad nos llevó del cuadro a ella. El pintor era hijo de un hombre de saneado capital que se dedicaba al mundo de la harina y se casó, de manera consecuente, con una hornera. En un momento determinado pensó que prosperaría más emigrando, y lo hizo a Valencia, y no a Barcelona, como solía ser el flujo migratorio en su familia. Cree mi amiga que ese hombre, su bisabuelo, llegó a Valencia ya casado y con hijos, tres: un pintor, un fideísta y un fraile.

El pintor desarrolló el estilo valenciano característico. Y como otros pintores regionalistas, sus pinturas tienen su encanto cuando son bocetos y apuntes, cosa «menor», pero en las «obras mayores», remedos de Vermeer o Pieter de Hooch, sus maestros, renquea. Fue amigo de Sorolla, con el que solía pintar, y al igual que en este, sus mejores obras son tablitas, pintadas con gran sentimiento. El que encontré en el Rastro es muy bonito, un hombre viejo, tocado de sombrero, leyendo el periódico, muy Daumier. A su hermano, abuelo de nuestra amiga, la hornera lo envía a Barcelona a perfeccionar el conocimiento del horno y las harinas, y a la vuelta, aprendido el oficio, le dio dinero para que montara una fábrica de pastas y fideos que alcanzaron tanta o más notoriedad que las pinturas de su hermano, al menos en la comarca de ***, la pedanía valenciana donde se había instalado la familia. El mercado de la ciudad y del reino de Valencia fue suyo.

El fideísta casó con una prima que trajo de Barcelona. «Una mala persona». No se anduvo nuestra amiga con rodeos para definir a su abuela.

El fideísta y su mujer, tras una criatura malograda, tuvieron cinco hijos. El primero fue una niña, y la madre se la quitó de encima dándosela a un ama para que la llevara al pueblo y la criara. Dos años sin verla. «¿Qué le había hecho yo?», parece que se preguntó atormentada toda su vida esa niña, a la que su madre no quiso ni de niña ni nunca.

Vino después un varón, padre de nuestra amiga. Este se casó con una joven falangista a quien habían asesinado un hermano en la guerra. Fue maestra y locutora de Radio Nacional hasta que se jubiló, dato este importante, por cuanto le permitió ser independiente y no doblarse a los caprichos de una suegra despótica. Tuvieron cuatro hijos, todos médicos, uno de ellos nuestra amiga. Su padre era abogado y tuvo un bufete en el que llevaba asuntos de poca monta, y no siempre de una manera diligente.

Al morir su marido, la madre convenció a su hijo para que dirigiera la fábrica, donde ganaría infinitamente mejor su vida.

Tras el abogado vino otro varón, bastante fantasioso; luego una chica, que se casó con uno al que sólo le interesaba el chamele y la pelota valenciana, y, por último, el benjamín, el favorito de la abuela, un niño que tuvo la polio de pequeño y que llegó a ser un hombre tan simpático y gandul como tarambana. En resumidas cuentas: cuatro bocas mamando de la ubre de la fábrica, hasta dejarla exhausta, exactamente como un fideo.

Hasta aquí la presentación de los personajes; y aunque estuviéramos haciendo cosas en la cocina, procurábamos todos no meter ruido con los cuchillos ni platos, para no dejar escapar una sola palabra.

La mayor, la no deseada, fue una muchacha bonísima. Se enamoró de un médico, y su madre, en su papel, amenazó con desheredarla si se casaba con él. Eso ocurrió, y le quitó todo, hasta el ajuar de novia, que incluía una colcha de encaje granadino que valía «una petardá». Me hizo mucha gracia este dicho. La joven pareja se instaló en un pueblo, donde él ejercía de médico y ella de su ayudante. Parece ser que la experiencia de la guerra había sido traumática para él y le hizo un gran aficionado a la codeína, que extraía de los jarabes. De vez en cuando lo bajaban a Valencia, y allí, discretamente, lo desintoxicaban. Pese a los expedientes administrativos y sanciones que sufrió por esta razón, en el pueblo, donde ejerció cuarenta años, los adoraban a los dos.

El fideo fue acaso el alimento más importante en la dieta de la España de la posguerra, y llegó a ser para la familia de nuestra amiga un próspero negocio que empleaba a cincuenta operarios. Pero el tiempo, los planes de estabilización y la introducción de otros alimentos en la dieta (como el pollo y los congelados) fueron configurando la decadencia de las harinas manufacturadas. Si a eso se añaden unos cuantos sueldos sin justificar, la quiebra acaba siendo el horizonte más cercano.

Porque en la familia todos los hermanos, excepto la desheredada, tenían su mesada.

Nos dejábamos llevar por el relato, como una de esas canoas que van hacia el océano en la mansedumbre de un río caudaloso como el Amazonas.

Y tras pasar por los demás hermanos, llegamos al quinto, el pequeño. Todo lo que no quiso la madre a ninguno de los otros cuatro, le quiso a este. Literalmente enloqueció con él y no había capricho suyo que no satisficiera. El niño, con esa clase de melindres, podía haberse hecho odioso, pero resultó una criatura dulce, simpática y adorable, el preferido incluso de su hermano el fideísta, que siempre lo protegió.

Cuando llegó la ruina, en buena medida por la cabeza loca del pequeño, metido a banquero y causante de otras quiebras adventicias, fue de las gordas, y cada cual la sorteó como pudo. El que peor parte llevó fue este último, que pasó de vivir en la opulencia, muchachas, niñeras, casa señorial, jardines, trenes eléctricos para sus hijos, a hacerlo debajo de un puente, él, su mujer y sus hijos, a uno de los cuales, de la impresión, le sobrevino a los doce años una alopecia de la que no se recuperó ya nunca. Calvo desde los doce años. Pobre, añadió nuestra amiga, como si fuera uno de sus pacientes al que acabara de diagnosticar y por el que no pudiera hacer nada. Y debajo de un puente no: en una furgoneta dedicada a la venta de pollos, que entonces empezaban a ponerse de moda, el futuro. Nuestra amiga recuerda que cuando sus primos venían a visitarlos a Valencia, se pasaban el día tirando de la cadena del retrete, por ver correr el agua, lujo para ellos desconocido. Al final él consiguió un empleo fijo y su mujer, que lo adoraba, un trabajo de carnicera, y todos, hijos incluidos, acabaron saliendo adelante en trabajos que no tenían horario.

Nuestra amiga ni siquiera podía asegurar si los detalles ignotos y lagunas le concernían ya de una manera directa, pero le hacía gracia que, sin embargo, me interesaran tanto a mí. Yo le decía,

hay que aprender de todo el mundo, la camioneta de los pollos es algo que nos puede estar reservado a cualquiera, y conviene no despreciar o tratar con desdén a nadie que trabaje en Telefónica, porque no sabe uno dónde acabaremos, y prometí darle el cuadrado que compré de su tíoabuelo en el Rastro. ¿Dónde mejor, si no, estará?

Luego se quedó callada, porque todo esto lo había contado con espíritu festivo, y dijo: cuánto daño hizo. Se refería a su abuela. «A mí ya no, he conseguido olvidarla. Pero me costó. En realidad he tenido que olvidarla, antes de haber comprendido por qué era como era». No cree que las penas eternas del infierno, de existir, purgaran todo el mal que trajo a este mundo. Pero como no quería tampoco ella levantar un falso testimonio de la vida, añadió jovial: «Y luego está la historia de la familia de mi madre. Su padre, mi abuelo, militar, se gastó en el juego todo el patrimonio de mi abuela, dueña de una tercera parte de la provincia de Albacete... Pero esa es otra historia».

Y hablando apaciblemente de estas cosas, llegó el momento de las despedidas, siempre tristes. Se fueron después de comer y al rato sonó el teléfono: G. no podría coger el autobús, no le daba tiempo de llegar a la estación. Después de esperar inútilmente que pasara un taxi, decidió ir en metro, pero en veinticinco minutos no había pasado ninguno. Yo me enfurecí, no tanto por la fatalidad, sino por su falta de previsión: ¡esas cosas suceden el día de Año Nuevo! Él, sin embargo, volvía los argumentos del revés: «De acuerdo, pero si me hubiera sacado el billete de autobús, como tú pretendías (y en efecto habíamos mantenido otra discusión hacía dos días a cuenta de eso mismo, ante su impasible «pero papá, ¿qué desgraciado va a querer ir a Trujillo el día de Año Nuevo?»), habría perdido el importe del billete. ¿Qué me dices a eso?». Posponía el viaje tres horas, lo que traducido a román paladino significa que tendré que ir a buscarle a la estación de Trujillo a las doce y media de la noche... Bien.